

# Catálogo

A stylized house icon in a light grey color, positioned to the left of the text. It features a simple outline of a house with a gabled roof and three vertical bars representing windows.

Alto Gállego

Sobrarbe

**Santa María**  
**la Real** fundación



**Santa María**  
**la Real** fundación

# Alto Gállego



Acumuer	Latre
Allué	Oliván
Anzánigo	Ordovés
Arruaba	Orna de Gállego
Arto	Orós Bajo
Ayés	Orús
Bara	Panticosa
Barbenuta	Rapún
Basarán (El Formigal)	Sabiñánigo
Belarra	Sallent de Gállego
Betés de Sobremonte	San Juan de Busa
Biescas	San Vicente de Aquilué
Castiello de Guarga	Sardas
Cerésola	Satué
Escuer Viejo / Alto	Secorún
Espierre	Sieso de Jaca
Gavín	Sorripas
Isún de Basa	Susín
Javierrelatre	Tramacastilla de Tena
Lárrede	Used
Lasieso	
Latas	Otros vestigios

# ALTO GÁLLEGO



# ALTO GÁLLEGO

El río Gállego es uno de los principales afluentes del Ebro, al que llega después de recorrer dos provincias aragonesas desde su nacimiento en el Pirineo. Su recorrido de casi 200 km va configurando una sucesión de paisajes que se van organizando en tramos, de los que el primero corresponde a la zona montañosa, justo antes de que enfile el camino a las llanuras oscenses. Es el Alto Gállego, un término puramente geográfico y moderno que no se corresponde en absoluto con la organización histórica del territorio, en el que se encuentran inmersas las unidades geohistóricas del Valle de Tena y de Serrablo.

La comarca está integrada actualmente por los municipios de Biescas, Caldearenas, Hoz de Jaca, Panticosa, Sabiñánigo, Sallent de Gállego, Yebra de Basa y Yésero.

El río que vertebra el territorio es un cauce activo desde el principio de los tiempos, testimonio de lo cual son los dólmenes que se encuentran en Biescas, Formigal, Panticosa o en Ibirque y la constancia de la calzada romana que ascendía hasta el actual Balneario de Panticosa, en donde los romanos tomaban las aguas termales. Por ello, algunos autores entienden que el topónimo "Gállego" deriva del latín y se refiere al río que procede de la Galia, el *Galicus*, puesto que en época romana se documenta el establecimiento de varios asentamientos de villas en lugares inmediatos al río como ocurre en Sabiñánigo, lugar en el que se establecen explotaciones agrícolas –aprovechando las llanuras del Gállego– que se mantendrán activas en tiempos de los visigodos.

La llegada de los musulmanes tiene importantes repercusiones en este territorio, incluso para la Val de Tena (la parte más alta de la actual comarca y la más cerrada por su condición de valle) en la que quieren algunos historiadores situar una extraña expedición del propio Abd al-Rahman I llegando al lugar de Sallent de Gállego en el año 781. Lo probable es que los musulmanes recorrieran estas tierras buscando lugares adecuados para levantar sencillas torres circulares (Senegüé o Castillo de Guarga) en las que asentar pequeñas guarniciones que controlaran los recursos y el cobro de los escasos impuestos; ocasión que les pudo mostrar la oportunidad de marginar a algunos de sus colectivos en estas tierras despobladas.

Tal es el caso de los musulmanes sirios que, acostumbrados a subsistir de la ganadería, fueron establecidos en las llanuras del Gállego que además aseguran los cronistas les recordaban sus parajes

Lárrede. Torre



natales. Con ellos se crea un distrito rural denominado Al-Yalliq, dependiente de Huesca y quizás centrado en la población de Yillig que dará nombre al río Gállego.

A este extenso territorio –especialmente al valle del Guarga– acudirán muchos cristianos mozárabes que saldrán de la ciudad de Huesca cuando haya momentos de tensión o les convenga desplazarlos a los musulmanes, grupos de gentes que pudieron llevar a las tierras de Serrablo elementos propios del arte musulmán que contribuyen a dar ese mozarabismo que presentan las iglesias de este territorio. Y con ellos debieron contar los ejércitos cristianos aragoneses cuando deciden acercarse al territorio del Gállego, dispuestos a incorporarlo al condado tras hacer frente a las guarniciones musulmanas que custodian el valle del Gállego, batalla en la que dicen los cronistas del año 920 que “la sangre corrió como el agua”.

Años después, en el 923, el rey de Pamplona que controla el condado de Aragón pasa el río Gállego y se adentra en las tierras de Serrablo. Es una operación que concluye enseguida puesto que hay que abandonarla para acudir en defensa de Pamplona sitiada por los musulmanes, aunque logra arrebatar el control militar de la zona a los musulmanes. Pero el gobernador de Huesca seguirá con atención lo que ocurre en esta zona, máxime cuando el acceso al territorio lo habían construido desde el sur y lo controlaban por la fortaleza musulmana de *Hins Yabba* (Yebra de Basa) que vigilaba un viejo camino utilizado ya por pueblos prerromanos en sus desplazamientos por la zona. Ese eje de conexión les interesa tanto que, en la década del año 960, los musulmanes intentan recuperarlo con la campaña dirigida por Abd al-Malik Ibn Musa y se hacen con él, junto con un importante botín en monedas, caballos, ganado lanar y vacuno o armas.

Entre el año 924 y el año 960, a mediados del siglo X, hay un dominio más o menos estable de los ejércitos cristianos que quieren asegurarse que los musulmanes no irruman en el condado de Aragón, por su frontera este que fija la ribera derecha del Gállego, y que haya un territorio en el que se pueda acoger a los cristianos mozárabes que huyen de Huesca. Es tiempo en el que los reyes pamploneses potencian grupos de gentes que van a establecerse en los valles serrableses, concretamente conocemos el que se realiza en Lasieso con chozas de barro y tumbas antropomorfas en torno a una diminuta iglesia, para asegurar el dominio de unos caminos que piensan les asegura la posibilidad de asaltar incluso la ciudad de Huesca, intento que ocurre en la primavera del 941 y que sirvió sólo para abrir caminos y traerse un grupo de mozárabes oscenses que se ha considerado pudieran importar cultos como el de san Úrbez e incluso reliquias.

Todo este ir y venir de ejércitos tiene como finalidad contribuir a hacer posible el plan diseñado de cristianizar los valles serrableses, recuperando viejos eremitorios y fundando nuevos monasterios como el de San Martín de Cercito, que desde el 922 coloniza las tierras del río Aurín al Oeste, el de San Pedro de Rava que controla desde el 941 el este del territorio, San Úrbez de Nocito que vigila el sur y el gran monasterio de San Andrés de Fanlo que gestiona la ordenación territorial del centro de la comarca desde mediados de siglo. Estos clérigos serán los inspiradores de ese arte tan singular –personalizado en un grupo de pequeñas iglesias repartidas por la orilla izquierda del río Gállego– que se ha denominado “mozárabe serrablés” y en el que “se mezclan modelos y se produce una simbiosis que eclosiona en estilo único y personal”.

Este importante conjunto, descubierto en 1922 por Rafael Sánchez Ventura y analizadas por Francisco Íñiguez en 1933 y por Antonio Durán en 1966, plantea un interesante debate sobre su adscripción al arte mozárabe o a un románico primitivo anterior incluso a los orígenes del reino aragonés, fechándolo entre el 950 y el 1020. Íñiguez y Durán las califican de mozárabes, analizando los inconfundibles rasgos andalusíes que presentan y fijándose especialmente en sus arcos de herradura, sus elementos decorativos y sus torre-minarete de perfiles sirios, en las cuales Íñiguez destacó su extraordinaria esbeltez, que “las pone en relación con la esencia arquitectónica de los minaretes del mundo islámico”.

Posteriormente Galtier habló de un grupo protorrománico de principios del XI y recientemente se han bautizado como “círculo larredense” en honor de la importancia del templo de San Pedro de Lárrede, ubicándolas en la segunda mitad del siglo XI. Salvadas de la ruina por la Asociación Amigos del Serrablo y declarado el conjunto Bien de Interés Cultural en 1982, hay que considerar que aunque su concepción espacial es claramente románica (con una sala rectangular de reducidas dimensiones en torno a los cincuenta metros cuadrados) incorpora muchos elementos propios de la arquitectura islámica, razón por la cual hay que admitir su peculiar mozarabismo.

Lo que parece claro es que estas iglesias se debieron construir por un grupo o cuadrilla de canteros itinerantes, que conocían bien el arte musulmán, que se desplazaban por las tierras del Gállego y que tampoco estaban ajenos a ese sentido del espacio románico, que se siente como algo unitario y macizo, sólido y eterno, alejado de esa división de los espacios interiores que existían en las iglesias mozárabes.

Su marca distintiva es la cabecera, orientada y resuelta con una original solución decorativa que combina un friso de baquetones con unas arcuaciones murales ciegas, que son por si mismas elementos claramente decorativos. En los ábsides podemos ver de cinco a nueve arcadas semicir-



*Escuer. Torre*

culares ciegas, en el centro de las cuales se abre la ventana abocinada que da luz al templo (tres en casos como Otal u Oliván), y sobre ellas un cordón moldurado, en forma de bocel, que marca el recorrido y la base del friso de baquetones (medios cilindros dispuestos verticalmente). Sobre este friso se sitúan las hiladas de sillares estrechos y salientes que soportan el tejazoz y constituyen una variedad de cornisa. Esta es la decoración del ábside tipo de las iglesias del Serrablo, un modo peculiar de resolver la óptica del muro exterior de la cabecera que no está presente en las iglesias del primer mozárabe. Sin ninguna decoración quedan aquellas que nos presentan ábsides rectangulares, casos de San Bartolomé de Gavín o de las pequeñas iglesias de Espierre.

Sea como fuere, el caso es que estamos ante un florecimiento artístico concretado en un grupo de pequeñas iglesias que debieron construirse en la segunda mitad del siglo x y a lo largo de todo el siglo xi. Un renacimiento al que no debió de estar ajeno el rey Sancho III el Mayor de Pamplona que conquistó definitivamente estas tierras, con el fin de asegurarse el acceso tranquilo a Sobrarbe donde tiene intereses familiares por parte de su mujer. Entre 1016 y 1018, Sancho el Mayor va moviendo sus ejércitos por Serrablo, especialmente por el condado de Nocito que está en su zona sur, con la clara finalidad de poder llegar al territorio sobrarbense que está gobernado por la condesa castellana doña Mayor, tía de su esposa, que ya ha manifestado su voluntad de ponerlo en manos



*San Pedro de Lasieso*



del monarca pamplonés, como así ocurrió en el año 1025. En este proceso de interesada expansión territorial, el Serrablo se incorpora definitivamente al mundo cristiano aragonés y comienza una andadura pareja con la tierra aragonesa. Su reinado es un periodo de intensa labor constructiva, de asentamientos de población, de ampliación de cultivos, de todo un proceso de crecimiento al que no están ajenos los monasterios que lo lideran bajo el control de San Andrés de Fanlo. Se introducen los modos lombardos y se mantienen formas locales en este románico con influencias mozárabes que se continúa construyendo para atender las necesidades espirituales de una población dispersa por las laderas de los valles.

Por eso, cuando el rey Sancho el Mayor divide sus territorios entre sus cuatro hijos, las superficies que formaron el viejo condado de Aragón y la comarca de Serrablo se ponen en el mismo lote y se convierten en un solo estado, al frente del cual se pone al infante Ramiro. Era el año 1035 y con Ramiro I se iniciaba la historia del reino de Aragón y la casa real aragonesa, que pronto unirá en sus manos el gobierno de los tres grandes condados antiguos: Aragón, Sobrarbe y Ribagorza.

Su reinado es tiempo de continuar con las construcciones, aunque en menor cantidad puesto que los recursos del reino se emplean en la organización de la expansión militar y en el levantamiento de pequeñas torres militares de vigilancia que van a surgir también en el valle del Gállego.



*San Pedro de Lárrede*



*San Bartolomé de Gavín*

En este momento están plenamente definidos dos territorios en el alto Gállego: el valle de Tena, ubicado encima de la Tierra de Biescas y abierto en el paso de Santa Elena, y el de Serrablo al que hemos dedicado ya nuestra atención.

Completando esta reflexión sobre el valle de Tena tendremos que aceptar su condición de viejo camino de conexión con las tierras ultrapirenaicas y, en consecuencia, la posibilidad de que fuera espacio controlado quizás desde la nobleza del sur de las Galias que era vasalla del rey de Aragón. Se acepta que en tiempos de Sancho Garcés III el Mayor el valle está gobernado por un noble y tiene el estatus de una entidad política ciertamente poco definida en su dependencia, aunque siempre bajo la autoridad del rey puesto que la mención del valle es muy clara en la primera carta de arras que emite el rey Ramiro I con ocasión de su matrimonio con Gisberga o Ermesinda. Este valle de señorío real será además importante por incorporar un nuevo itinerario a Santiago de Compostela, perfectamente documentado en tiempos del rey Sancho Ramírez de Aragón que baja por el valle y marcha hacia Jaca.

La época de Sancho Ramírez, entre 1064 y 1094, es nuevamente un tiempo de actividad constructiva y se deben levantar en ella muchas de las obras románicas del Alto Gállego, coincidiendo además con el auge económico de estas tierras que resulta de la acertada gestión del abad Banzo de San Andrés de Fanlo, monasterio que tan pronto se ocupa de ampliar los cultivos de vid y de generar una gran cabaña de ganado lanar como de crear una notable biblioteca (en la que se conservan muchos libros "toledanos" mozárabes) o construir las máquinas de guerra que necesita el rey para conquistar las grandes fortalezas de la llanura, como ocurrió en el sitio de Alquézar. En este final de siglo se mantienen muchos rasgos de la arquitectura local, aunque la uniformidad va acabando con ellos en esa empresa imparable de conseguir que el arte románico jaqués se imponga como señal del nuevo reino.

Los cluniacenses son los árbitros de la situación, ellos tienen claro que toda la herencia toledana, hispanogoda o mozárabe, debe desaparecer, y los nobles que comienzan a gestionar el territorio van a estar más empeñados en construir sus residencias rurales que en otra cosa. Las viejas iglesias protorrománicas y románicas comenzarán a sufrir el deterioro inexorable del paso del tiempo.